

CAPÍTULO XIV.

De la muerte de tres niños, que fueron muertos por los Indios, porque les predicaban y destruían sus ídolos, y de cómo los niños mataron al que se decía ser dios del vino.

Al principio, cuando los frailes menores vinieron á buscar la salud de las ánimas de estos Indios, parecióles que convenia que los hijos de los señores y personas principales se recogiesen en los monasterios; y para esto dió mucho favor y ayuda el marques del Valle que á la sazón gobernaba, y para todo lo demás tocante á la doctrina cristiana; y como los Indios naturales le amaban y temian mucho, obedecian de buena gana su mandamiento en todo, hasta dar sus hijos, que al principio se les hizo tan cuesta arriba, que algunos señores escondian sus hijos, y en su lugar ataviaban y componian algun hijo de su criado ó vasallo, ó esclavillo, y enviábanle acompañado con otros que le sirviesen por mejor disimular, y por no dar al hijo propio. Otros daban algunos de sus hijos, y guardaban los mayores y los mas regalados. Esto fué al principio, hasta que vieron que eran bien tratados y doctrinados los que se criaban en la casa de Dios, que como conocieron el provecho, ellos mismos los venian despues á traer y á rogar con ellos, y luego se descubrió tambien el engaño de los niños escondidos; y porque viene á propósito contaré de la muerte que los niños dieron á un Indio que se hacia dios, y despues la muerte que un padre dió á su hijo, y las muertes de otros dos niños indios ya cristianos.

Como en el primer año que los frailes menores poblaron en la ciudad de Tlaxcallan recogiesen los hijos de los señores y personas principales para los enseñar en la doctrina de nuestra santa fe, los que servian en los templos del demonio no cesaban en el servicio de los ídolos, é inducir al pueblo para que no dejasen sus dioses, que eran

mas verdaderos que no los que los frailes predicaban, y que así lo sustentarian; y por esta causa salió uno de los ministros del demonio (que por venir vestido de ciertas insignias de un ídolo ó demonio Ometochtli, y ser su ministro se llamaba ometoch cotoya, segun que aquí se pintará), salió al tianquizco ó mercado. Este demonio Ometochtli era uno de los principales dioses de los Indios, y era adorado por el dios del vino, y muy temido y acatado, porque todos se embeodaban, y de la beodez resultaban todos sus vicios y pecados; y estos ministros que así estaban vestidos de las vestiduras de este demonio, salian pocas veces fuera de los templos ó patios del demonio, y cuando salian teníanles tanto acatamiento y reverencia, que apenas osaba la gente alzar los ojos para mirarlés: pues éste ministro así vestido salió y andaba por el mercado comiendo é mascando unas piedras agudas de que acá usan en lugar de cuchillos, que son unas piedras tan negras como azabache, y con cierta arte las sacan delgadas y del largor de un jeme, con tan vivos filos como una navaja, sino que luego saltan y se mellan: este ministro para mostrarse feroz y que hacia lo que otros no podian hacer, andaba mascando aquellas navajas por el mercado; á esta sazón venian los niños que se enseñaban en el monasterio del rio de lavarse, y habian de atravesar por el tianquizco ó mercado; y como viesan tanta gente tras aquel demonio, preguntaron qué era aquello, y respondieron unos Indios diciendo: "Nuestro dios Ometochtli;" los niños dijeron: "No es dios sino diablo, que os miente y engaña." Estaba en medio del mercado una cruz, adonde los niños de camino iban á hacer oracion, y allí se detenian hasta que todos se ayuntaban, que como eran muchos iban derramados. Estando allí, vino para ellos aquel mal demonio, ó que traia sus vestiduras, y comenzó de reñir á los niños y mostrarse muy bravo, diciéndoles: "Que presto se moririan todos, porque le tenian enojado, y habian dejado su casa é ídose á la de Santa María." A lo cual algunos de los grandecillos que tuvieron mas ánimo le respondieron: "Que él era el mentiroso, y que no le tenian ningun temor porque él no era Dios sino el diablo, y malo engañador." A todo esto el ministro del demonio no dejaba de afirmar que él era dios y que los habia de matar á todos, mostrando el semblante muy enojado, para les poner mas temor. Entonces dijo uno de los muchachos: "Veamos ahora quién morirá, nosotros ó este;" y aba-

jóse por una piedra y dijo á los otros: "Echemos de aquí este diablo, que Dios nos ayudará;" y diciendo esto tiróle con la piedra, y luego acudieron todos los otros: y aunque al principio el demonio hacia rostro, como cargaron tantos muchachos comenzó á huir, y los niños con gran grita iban tras él tirándole piedras, é ibaseles por piés; mas permitiéndolo Dios y mereciéndolo sus pecados, estropezó y cayó, y no hubo caído cuando lo tenían muerto y cubierto de piedras, y ellos muy regocijados decian: "Matamos al diablo que nos queria matar. Ahora verán los macehuales (que es la gente comun) cómo este no era dios sino mentiroso, y Dios y Santa María son buenos." Acabada la lid y contienda, no parecia que habian muerto hombre sino al mismo demonio. Y como cuando la batalla rompida los que quedan en el campo quedan alegres con la victoria y los vencidos desmayados y tristes, así quedaron todos los que creian y servian á los ídolos, y la gente del mercado, quedaron todos espantados, y los niños muy ufanos diciendo: "Jesucristo, Santa María nos han favorecido á matar á este diablo." En esto ya habian venido muchos de aquellos ministros, muy bravos, y querian poner las manos en los muchachos, sino que no se atrevieron porque Dios no lo consintió ni les dió ánimo para ello; antes estaban como espantados en ver tan grande atrevimiento de muchachos. Vanse los niños muy regocijados para el monasterio y entran diciendo cómo habian muerto al diablo. Los frailes no los entendian bien, hasta que el intérprete les dijo cómo habian muerto á uno que traia vestidas las insignias del demonio. Espantados los frailes y queriéndolos castigar y amedrentar, preguntaron ¿quién lo habia hecho? A lo cual respondieron todos juntos: "Nosotros lo hicimos." Preguntóles otra vez su maestro: "¿Quién tiró la primera piedra?" Respondió uno y dijo: "Yo la eché." Y luego el maestro mandábale azotar diciéndole: "Que cómo habia hecho tal cosa, y habia muerto hombre?" El muchacho respondió: "Que no habian ellos muerto hombre sino demonio; y que si no lo creian que lo fuesen á ver." Entonces salieron los frailes y fueron al mercado, y no vieron sino un gran monton de piedras, y descubriendo y quitando de ellas, vieron cómo el muerto estaba vestido del pontifical del diablo, y tan feo como el mismo demonio. No fué la cosa de tan poca estima, que por solo este caso comenzaron muchos Indios á conocer los engaños y mentiras del demonio, y á

dejar su falsa opinion, y venirse á reconciliar y confederar con Dios y á oír su palabra.

En esta ciudad de Tlaxcallan fué un niño encubierto por su padre, porque en esta ciudad hay cuatro cabezas ó señores principales, entre los cuales se reduce toda la provincia, que es harto grande, de la cual se dice que salian cien mil hombres de pelea. Ademas de aquellos cuatro señores principales, habia otros muchos que tenían y tienen muchos vasallos. Uno de los mas principales de estos, llamado por nombre Acxotecatl, tenia sesenta mujeres, y de las mas principales de ellas tenia cuatro hijos; los tres de estos envió al monasterio á los enseñar, y el mayor y mas amado de él y mas bonito, é hijo de la mas principal de sus mujeres, dejóle en su casa como escondido. Pasados algunos dias y que ya los niños que estaban en los monasterios descubrian algunos secretos, así de idolatrías como de los hijos que los señores tenían escondidos, aquellos tres hermanos dijeron á los frailes cómo su padre tenia escondido en casa á su hermano mayor, y sabido, demandáronle á su padre, y luego le trajo, y segun me dicen era muy bonito, y de edad de doce ó trece años. Pasados algunos dias y ya algo enseñado, pidió el bautismo y fuéle dado, y puesto por nombre Cristóbal. Este niño, ademas de ser de los mas principales y de su persona muy bonito y bien acondicionado y hábil, mostró principios de ser muy buen cristiano, porque de lo que él oía y aprendia enseñaba á los vasallos de su padre, y al mismo padre decia, que dejase los ídolos y los pecados en que estaba, en especial el de la embriaguez, porque todo era muy gran pecado, y que se tornase y conociese á Dios del cielo y á Jesucristo su Hijo, que él le perdonaria, y que esto era verdad, porque así lo enseñaban los padres que sirven á Dios. El padre era un Indio de los encarnizados en guerras y envejecido en maldades y pecados, segun despues pareció, y sus manos llenas de homicidios y muertes. Los dichos del hijo no le pudieron ablandar el corazon ya endurecido, y como el niño Cristóbal viese en casa de su padre las tinajas llenas del vino con que se embeodaban él y sus vasallos, y viese los ídolos, todos los quebraba y destruía, de lo cual los criados y vasallos se quejaron al padre, diciendo: "Tu hijo Cristóbal quebranta los ídolos tuyos y nuestros, y el vino que puede hallar todo lo vierte. A tí y á nosotros echa en vergüenza y en pobreza." Esta es manera de hablar de los Indios, y

otras que aquí van, que no corren tanto con nuestro romance. Demas de estos criados y vasallos que esto decian, una de sus mujeres muy principal, que tenia un hijo del mismo Acxotecatl, le indignaba mucho é inducia para que matase aquel hijo Cristóbal, porque, aquel muerto, heredase otro suyo que se dice Bernardino, y así fué que ahora este Bernardino posee el señorío del padre. Esta mujer se llamaba Xochipapalotzin, que quiere decir Flor-de-mariposa. Esta tambien decia á su marido: "Tu hijo Cristóbal te echa en pobreza y en vergüenza." El muchacho no dejaba de amonestar á la madre y á los criados de casa que dejasen los ídolos y los pecados juntamente, quitándoselos y quebrantándoselos. En fin, aquella mujer tanto indignó y atrajo á su marido, y él que de natural era muy cruel, que determinó de matar á su hijo mayor Cristóbal, y para esto envió á llamar á todos sus hijos, diciendo que queria hacer una fiesta y holgarse con ellos; los cuales llegados á casa del padre, llevólos á unos aposentos dentro de casa, y tomó á aquel su hijo Cristóbal que tenia determinado de matar, y mandó á los otros hermanos que se saliesen fuera; pero el mayor de los tres, que se dice Luis (del cual yo fui informado, porque este vió cómo pasó todo el caso), este como vió que le echaban de allí y que su hermano mayor lloraba mucho, subióse á una azotea, y desde allí por una ventana vió cómo el cruel padre tomó por los cabellos á aquel hijo Cristóbal y le echó en el suelo dándole muy crueles coces, de las cuales fué maravilla no morir (porque el padre era un valentazo hombre, y es así porque yo que esto escribo lo conocí), y como así no lo pudiese matar, tomó un palo grueso de encina y dióle con él muchos golpes por todo el cuerpo hasta quebrantarle y molerle los brazos, y piernas, y las manos con que se defendia la cabeza, tanto, que casi de todo el cuerpo corria sangre: á todo esto el niño llamaba continuamente á Dios diciendo en su lengua: "Señor Dios mio, haced merced de mí, y si tú quieres que yo muera, muera yo; y si tú quieres que viva, líbrame de este cruel de mi padre." Ya el padre cansado, y segun afirman, con todas las heridas el muchacho se levantaba y se iba á salir por la puerta afuera, sino que aquella cruel mujer que dije que se llamaba Flor-de-mariposa le detuvo la puerta, que ya el padre de cansado le dejara ir. En este sazón súpolo la madre del Cristóbal, que estaba en otro aposento algo apartado, y vino desalada, las entra-

ñas abiertas de madre, y no paró hasta entrar adonde su hijo estaba caido llamando á Dios; y queriéndole tomar para como madre apiadarle, el cruel de su marido, ó por mejor decir el enemigo estorbándola, llorando y querellándose decia: "¿Por qué me matas á mi hijo? ¿Cómo has tenido manos para matar á tu propio hijo? Matárame á mí primero, y no viera yo tan cruelmente atormentado un solo hijo que parí. Déjame llevar mi hijo, y si quieres mátame á mí, y deja al que es niño é hijo tuyo y mio." En esto aquel mal hombre tomó á su propia mujer por los cabellos y acoceóla hasta se cansar, y llamó quien se la quitase de allí, y vinieron ciertos Indios y llevaron á la triste madre, que mas sentia los tormentos del amado hijo que los propios suyos. Viendo, pues, el cruel padre que el niño estaba con buen sentido, aunque muy mal llagado y atormentado, mandóle echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de leña de cortezas de encina secas, que es la lumbre que los señores tienen en esta tierra, que es leña que dura mucho y hace muy recia brasa; en aquel fuego le echó y le revolvió de espaldas y de pechos cruelmente, y el muchacho siempre llamando á Dios y á Santa María: y quitado de allí casi por muerto, algunos dicen que entonces el padre entró por una espada, otros que por un puñal, y que á puñaladas le acabó de matar; pero lo que yo con mas verdad he averiguado es, que el padre anduvo á buscar una espada que tenia y que no la halló. Quitado el niño del fuego, envolviéronle en unas mantas, y él con mucha paciencia encomendándose á Dios estuvo padeciendo toda una noche aquel dolor que el fuego y las heridas le causaban con mucho sufrimiento, llamando siempre á Dios y á Santa María. Por la mañana dijo el muchacho que le llamasen á su padre, el cual vino, y venido, el niño le dijo: "¡O padre! no pienses que estoy enojado, porque yo estoy muy alegre, y sábete que me has hecho mas honra que no vale tu señorío." Y dicho esto demandó de beber y diéronle un vaso de cacao, que es en esta tierra casi como en España el vino, no que embeoda, sino sustancial, y en bebiéndolo luego murió.

Muerto el mozo mandó el padre que le enterrasen en un rincon de una cámara, y puso mucho temor á todos los de su casa que á nadie dijesen la muerte del niño; en especial habló á los otros tres hijos que se criaban en el monasterio diciéndoles: "No digais nada, porque si el Capitan lo sabe, ahorcarme ha." Al marques del Valle al